

TRES ENSAYOS SOBRE TRES CUENTOS CHILENOS

Soledad Gasman

1. Acerca de “SURAZO” de Marta Jara.

La lectura de “Surazo” sobrecoge, no sólo porque la historia que narra nos deja atónitos, helados, sino también por la forma en que ella se nos presenta. El relato habla de un viejo chilote quien, frente a la posibilidad de su muerte cercana, se debate entre el miedo y los recuerdos; y es justamente a través de estos dos elementos –enlazados por la presencia del fuerte viento del sur: el surazo- que la autora compone este cuento. En efecto, el surazo propicia la unión del viejo y su esposa, al principio de la historia y también, al final de la misma, trae a la habitación del viejo ya moribundo y presa del pánico, al joven que - tal vez, porque no queda claramente establecido- lo acompañará en su última noche con vida. El lector se enfrenta, como decía, por una parte, a la minuciosa y acabada acción del miedo sobre el protagonista, para quien morir sin confesión determina un tormento mayor que el que supone aceptar la propia muerte; y por otra, a fragmentos del pasado vividos por él y por su hija, los cuales van siendo entregados a intervalos, y permiten reconstruir parcialmente la historia desde su inicio, cuando el viejo siendo un joven pescador chilote se encuentra con su futura esposa y madre de sus hijos. En el desarrollo del argumento y desde estas dos vertientes -el miedo y los recuerdos- la autora aborda con una misma acuciosidad diferentes aspectos del acontecer humano; por ejemplo, asuntos psicológicos, como son el temor a morir y las relaciones familiares; religiosos, la culpa y la expiación, y la presencia de la iglesia; sociales y de género, la manera como se propicia, vive y experimenta el patriarcado en la comunidad chilota de la época; costumbristas, cómo el clima y la geografía chilotas determinan usos y modos particulares. Cabe preguntarse entonces cuál es el tema central de este relato. ¿Es el miedo a la muerte que siente el viejo; es el temor al castigo de Dios; es la soledad y el aislamiento en que vive un grupo de seres; es la devoción religiosa de ese mismo grupo; es la relación entre hombres y mujeres, sus encuentros y desencuentros, sus obediencias y sus desacatos; es la hospitalidad, la ausencia, el clima de las islas de Chiloé? Cada uno de estos tópicos está presente y cobra importancia a medida que se desarrolla la trama.

En relación a la forma con que la autora decidió presentar el relato, asombran sobremanera los distintos recursos utilizados por ella. El matiz diferenciador en el tono de las voces: la del narrador, melancólica; cuando se adosa al viejo, temerosa, rezongona y angustiada; en tanto cuando lo hace a la hija, conforme y tranquila. El entrecruzamiento de pasado y presente en donde lo que aparecía como coherente para el viejo sumido en su pasado, no deja de serlo en el presente, pues los pocos hechos que marcan la vida de los personajes se repiten casi sin diferencia de generación en generación, o bien, de surazo en surazo. El ritmo “lluvioso” y pausado, con sutiles altos y bajos, similar al de los sueños. El estilo rico, sobrio y preciso, de mucho oficio y un extraordinario manejo del lenguaje, al cual se le exprime hasta la última gota de significación posible, creando una prosa fértil en alusiones sugestivas. Las descripciones y comparaciones son tan completas y atingentes que resulta imposible desprenderse de las imágenes que acompañan, por ejemplo, el tormento del pobre viejo: ese catre que durante la noche él mismo traslada para espantar su insomnio, su miedo y distraer a la muerte; el terrorífico maullido del gato en medio de su soledad; la visión de la iglesia a su espalda, cerrada y sorda a sus ruegos de misericordia, abandonándolo a una muerte sin perdón; esa campana desamarrada por el viento que escucha “lúgubre como si doblara a muerto”; ese estar despierto pero lejano, ausente, encogido, solo, y al mismo tiempo con los sentidos alertas a la temida visita, como un animal frente al peligro; su terca obstinación de permanecer en la silla adormilado, bajo la inmunidad que le procura la compañía de los otros; su desesperada certeza de saber que nadie irá con él “hacia la profundidad sin luz y sin sonido”. Sin nombrar las múltiples observaciones acerca de la lluvia, el viento, la marea y los sonidos propios de la atmósfera que se quiere representar, tampoco olvidamos fácilmente las alusiones estampadas en los recuerdos: el encuentro en medio de la soledad y el silencio más absolutos de dos seres que se complementan “refractando” su propia soledad en el otro; la visión desde la isla de ese “Señor que se desliza incólume, suspendido por sobre las aguas, asumiendo la forma de una cruz de madera”; la mirada del joven aquilatando, recorriendo, contando en el territorio de las Calaucán, sus futuras pertenencias. Tal como su nombre lo dice, este relato brama con la fuerza de un viento que “entra, hurga, recorre y esparce cenizas” en la imaginación del lector. Finalmente, la atmósfera que crea “Surazo” a través de alusiones sonoras al viento (pasado) y al maullido del gato (muerte), trae a tapete el cuento o *nouvelle?* de corte

simbólico de M. Luisa Bombal: “Las islas nuevas”, que transcurre en la pampa argentina y en donde dos sonidos de trasfondo, el viento (huida) y el tren (pasión), pueden interpretarse como el correlato de las emociones sentidas por, Yolanda y Federico, los protagonistas. Encontramos también en “Las islas nuevas” la presencia de la naturaleza especialmente en las alusiones a esas islas que una vez emergidas a la superficie se desvanecen como las camelias y orquídeas se secan después de florecer, como la medusa guardada en un pañuelo y como la vida de la esposa amada de Federico que fallece.

Quebrada Escobares, 2007.